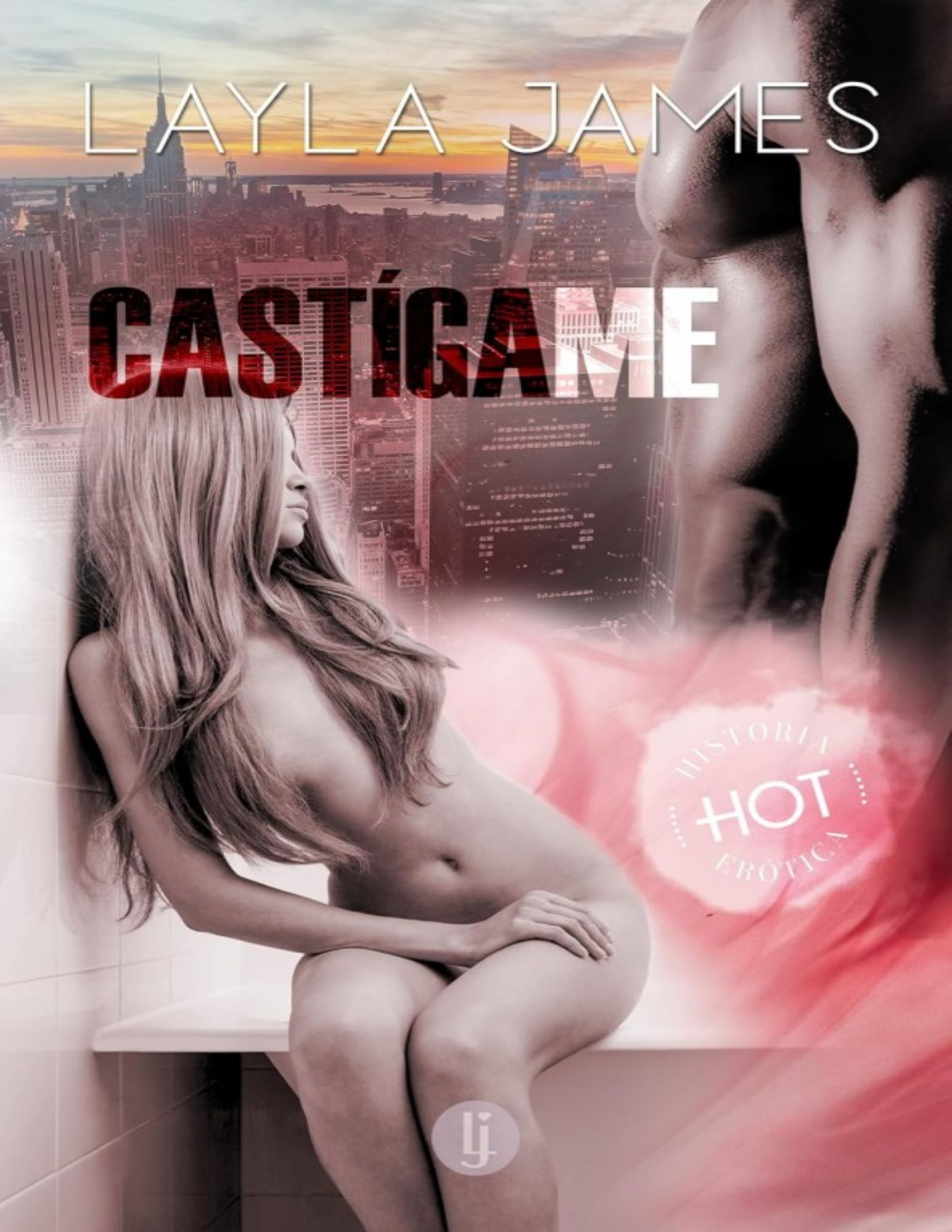

LAYLA JAMES
CASTÍGAME
HISTORIA
HOT
ERÓTICA

Layla James

Castígame

* * *

HISTORIA ERÓTICA

© Copyright 2025 Layla James
Todos los derechos están reservados al Autor

Queda prohibido cualquier uso, total o parcial de la obra, salvo consentimiento del autor. Cualquier reproducción no expresamente autorizada por el autor se considerará como una violación del copyright.

Esta novela es una obra de ficción.
Cualquier referencia a lugares, hechos o personas reales es fruto de la imaginación del autor a los efectos de la narración.

Don se apoyó en el escritorio con ambas manos y clavó la mirada en el tercer monitor de su consola de vigilancia.

—Cristo santo, jovencita, ¿hablas en serio? —Deslizó la manga de la camisa para comprobar la hora: las diez en punto. Fulminó con la mirada a la rubia descarada que había arrancado la lengüeta de seguridad de un estuche de pintalabios antes de dejarlo caer en su bolso y encaminarse por el pasillo—. ¿Es posible? ¡Ya es la tercera vez esta semana, y siempre a la hora de cierre!

Con una sonrisa siniestra, salió disparado por la puerta para interceptar a la ladronzuela, que ya había tomado el pasillo de salida sin haber realizado ninguna compra.

—¡Señorita! —Se plantó con las piernas abiertas, con su corpachón de casi dos metros frente a la chica, que apenas alcanzaba el metro sesenta y los cincuenta kilos, incluso empapada—. Debo pedirle que regrese a la tienda.

La joven se detuvo y lo escudriñó de abajo arriba, reparando en la placa con el emblema dorado sobre la camisa blanca y en la palabra «Security» bordada en su gorra.

—No puedo, lo siento —dijo, apartando con un dedo los mechones rubios que le cubrían los ojos azules, enmarcados por un casquete envuelto en una capucha de lana violeta rematada con un pompón—. Voy muy retrasada…

—Yo también, jovencita —repuso Don, alzando un brazo para señalar el interior del supermercado, sin añadir nada más.

Ella mantuvo la mirada insolente fija en el rostro severo del guardia.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es el pintalabios ColourPop que te metiste en el bolso después de arrancarle la lengüeta de seguridad, sin pensar que la cámara grababa todo el espectáculo—dio un paso adelante y apoyó las manos en las caderas; su corbata negra casi rozó la nariz respingona de la muchacha—. Escucha, no compliques las cosas; no quiero avergonzarte delante de todo el mundo —echó una ojeada a los últimos clientes que pasaban por las cajas del gran centro comercial—. Tú decides.

—Está bien, pero estás cometiendo un grave error —dijo ella, dándose la vuelta para regresar, seguida por el guardia, contoneándose con una actitud desafiante.

—La señorita aquí tiene un pequeño problema con la compra de un pintalabios —explicó Don a la directora, que recorría las cajas para cerrar el establecimiento—. Usaremos la salida de servicio, así pueden cerrar todo sin problemas.

La anciana responsable, vestida con un impecable traje sastre azul, asintió tras lanzar una mirada de reojo a la chica, pillada en falta, que permanecía con los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro visiblemente molesto.

Don le apoyó la enorme mano entre los omóplatos para empujarla suavemente hacia adelante.

—Vamos, muévete.

Avanzaron hasta el pasillo de cosméticos y, al llegar al expositor de ColourPop, Don se agachó a recoger la lengüeta que la joven había tirado al suelo. Se la puso delante de la cara para que la viera bien.

—¿Esto no te recuerda nada?

La chica hizo una mueca mientras Don la empujaba con firmeza hacia una puerta trasera que conducía a la sala de monitores de seguridad. Abrió la puerta y, con el brazo extendido y la palma abierta, la invitó a entrar, acompañando el gesto galante con una frase cargada de sarcasmo.

—Adelante, señorita, pase usted.

Dado el horario, estaba bastante molesto por la situación.

La joven entró sin responder y se plantó en medio de la habitación, iluminada por un gran tubo fluorescente en el techo. Miró a derecha e izquierda, hasta que sus ojos se detuvieron en la hilera de pantallas encendidas frente a ella, con el rostro contraído en una expresión altiva.

El ruido de la puerta al cerrarse y la voz grave del guardia la sacaron de sus pensamientos.

—Solo para que lo sepas, tendremos que proceder legalmente —Don se acercó a ella—. Saca el pintalabios de tu bolso, junto con cualquier otra cosa que hayas cogido a escondidas.

La rubia mantuvo el mentón alto y la actitud desafiante, clavando la mirada en el guardia, pero tras unos segundos soltó un bufido sonoro, rebuscó en su bolso y arrojó el pintalabios sobre la mesa.

—¿Contento? —le lanzó una mirada de reojo, con la nariz arrugada.

—No. Habría estado mucho más feliz si hubieras ido a robar a otro sitio esta noche, en vez de venir aquí. Sobre todo a la hora de cierre —Don se apoyó en el otro extremo de la mesa, inclinándose hacia ella—. Ahora, si tienes algo más ahí dentro, será mejor que lo saques: si lo encuentra la policía, será mucho peor para ti.

—¿¡Policía!? —La joven apretó las asas del bolso y se lo colocó sobre el regazo—. ¿Por qué hacer un drama? ¡Es solo un maldito pintalabios de ocho dólares!

—Justamente ese es el problema: el maldito pintalabios de ocho dólares que robaste. ¿Sabes cuánto pagan de más las personas honestas por culpa de

ladronzuelos como tú? —Don entrecerró los ojos—. Te lo pregunto otra vez: ¿has robado algo más?

La rubia negó con la cabeza y alzó los ojos al techo con un largo suspiro. Volvió a abrir el bolso, sacó un tubo de desodorante Clean Age y lo lanzó sobre el mostrador, dejándolo rodar hasta el suelo.

—Recógelo, por favor.

El tono del guardia no admitía réplica. La joven dejó a un lado su desfachatez y se inclinó para recogerlo.

Don no pudo evitar notar el espectáculo que le ofrecía: un trasero pequeño pero redondo, ajustado en unos vaqueros ceñidos de los que asomaba el hilo rosa de un tanga sobre la parte baja de la espalda desnuda. Sus muslos moldeaban perfectamente la tela hasta el dobladillo bajo la rodilla, que dejaba al descubierto unas pantorrillas firmes y desnudas.

La astuta rubia lo percibió de reojo, se incorporó y se apoyó en la mesa, mirándolo con una sonrisa pícara.

—¿Satisfecho?

—Yo no estaría tan divertida si estuviera en tu lugar —Don alzó una ceja, reprochándose no haberla pillado robando el desodorante Clean Age—. ¿Tienes algo escondido bajo la camiseta, entre las piernas o bajo las axilas?

—¿Estás bromeando? —La chica fingió indignación, cruzándose los brazos sobre el pecho—. ¿Por quién me has tomado?

—Por lo que ambos sabemos que eres —respondió Don—. Lo sabes tú, lo sé yo y también lo sabe la cámara —señaló con la mirada la fila de monitores encendidos a su izquierda.

—Vale, vale, ya te has divertido humillando a la chica blanca —subrayó la diferencia de color de piel—, pero ahora terminemos esta farsa.

—¿Chica blanca? ¿Qué demonios tiene que ver el color de tu piel? En fin, como quieras: lo terminamos ya mismo. Guárdate esa actitud arrogante para los policías cuando te lleven a la comisaría. Las agentes que te cacheen encontrarán cualquier otra cosa que lleves encima, aunque la hayas escondido bien dentro de ti.

Ella extendió los brazos a lo largo de los costados en un gesto evidente de fastidio.

—¿Pero tú sabes quién soy?

Una sonrisa burlona se dibujó en los labios de Don.

—¿Además de ladrona, quieres decir?

—¿Nunca has oído hablar de Zachary Walton? —Entrecerró los párpados y adelantó el rostro en actitud desafiante, esperando que el hombre se arrodillara solo con mencionar al fiscal del distrito del condado, pero la reacción del

guardia fue tranquila y decidida. Levantó el auricular del teléfono y escrutó el rostro de la chica con mirada inquisitiva—. Uhm, no te pareces en nada a las fotos de su campaña electoral… —Se rió entre dientes.

—¡Es mi padre! —exclamó ella, irritada, alzando la voz—. ¿Entendido?

Don lo había entendido perfectamente y sabía exactamente qué sucedería a continuación. Llamaría a la policía, la llevarían a la comisaría y su viejo la sacaría tras hacer unas cuantas llamadas. Todo quedaría como si nada hubiera ocurrido, y esa ladronzuela de su hija volvería a casa sin que ni siquiera se le arrugara la ficha policial, tal como sin duda ya había sucedido antes, libre para seguir robando impunemente.

Era esa injusticia lo que irritaba a Don; la actitud de aquella joven necesitaba una lección.

—Tu padre, claro… Tan ocupado que tiene una hija ladrona y, al parecer, no le importa en absoluto —le clavó el golpe—. ¿Crees que se enfadará? ¿O le importas tan poco que solo se preocupará por sacarte las castañas del fuego?

Touché. Golpe certero.

—¿Cuántos años tienes, jovencita? ¿Catorce?

—¿¡Catorce!? —estalló ella, inflando el pecho en un intento de parecer más adulta de lo que era—. ¿Sabes cuántos tengo? ¡Dieciocho!

—No los aparentas en absoluto —Don la recorrió con la mirada de arriba abajo, notando la ausencia de algo sustancial bajo su camiseta—. En cualquier caso, eso significa que la policía podrá tratarte como adulta, ya que eres mayor de edad.

—¡Espera! —La chica posó su manita bien cuidada sobre el grueso guante negro que ya había empezado a marcar el número de la estación de policía—. ¿Por qué no llegamos a un acuerdo? Puedo pagarte; tengo bastante dinero —metió la mano en su bolso.

—¿Y por qué no lo usaste antes, en vez de robar? —Don miró con desprecio el grueso fajo de billetes en su cartera de marca—. Ya es demasiado tarde. No soy de los que se dejan sobornar, menos aún por una niñata rica y consentida.

—Te lo ruego… —Su voz adoptó por fin un tono sincero mientras bajaba la cabeza y susurraba la triste verdad—. Tengo… una especie de problema. Siento la necesidad de coger cosas… Ya sabes cómo es, ¿no?

—Claro que lo sé. Justamente de eso se trata —Don guardó silencio un instante, esperando que de esos labios pintados con un llamativo carmín fucsia saliera una palabra de arrepentimiento, pero el breve silencio se rompió de nuevo con la soberbia de la chica.

—Bueno, entonces estoy segura de que podrías dejarlo pasar y fingir que nunca ocurrió nada —abrió la cartera, sacó un puñado de billetes de veinte dólares y los dejó sobre la mesa entre ambos—. Imagino que aquí no se gana mucho…

La mirada de él se volvió fría como el hielo.

—¿Cómo te llamas, jovencita? —Cubrió con su mano la suya, pálida y temblorosa, antes de que la retirara.

—Cherry —siseó ella—. Cherry Vanilla Walton.

—Muy bien, señorita Cherry "vanidosa" Walton —su enorme mano enfundada en el guante negro aprisionó los huesos frágiles de la joven, llenos de billetes—. Cuánto gano no es asunto tuyo, y en todo caso es fruto de mi trabajo honrado: yo no robo nada a nadie. Así que guarda el dinero de tu padre; probablemente lo necesite para sobornar a algún policía, o a quién sabe quién, para sacarte de este lío —le soltó la mano y abrió los brazos en el aire —. Y, por cierto, ¿qué clase de nombre es Cherry? Pensaba que mi prima Honey tenía un nombre raro, pero este…

—Mis amigos me llaman Cher —el tono de la chica se volvió suplicante mientras la mano de Don se acercaba de nuevo al teclado del teléfono.

—Por favor… —Guardó el dinero en el bolso e intentó otra táctica—. Si no es el dinero lo que quieres, entonces quizás podría hacer algo más por ti — se acomodó el bolso en el hombro derecho—. Quizás mi padre podría conseguirte un trabajo.

—Ya tengo trabajo.

—Uno mejor, quiero decir.

—No, gracias —Don desvió la mirada hacia el teléfono y empezó a pulsar las teclas.

Cher le agarró del antebrazo.

—Detente. Entonces… ¿qué te parece si… algo diferente?

—¿En qué sentido? —Alzó una ceja, sin moverse ni un milímetro.

Ella lo miró fijamente durante un largo rato antes de soltarle el brazo y deslizar los dedos, con las uñas rojas y llamativas, desde los labios, bajando por el cuello hasta el escote de su blusa. Con el índice de la otra mano, empezó a enrollarse los suaves extremos de su pelo rubio.

Don abrió los ojos como platos y esbozó una sonrisa torcida.

—¿Te estás burlando de mí?

—¿Qué? —Cher se sintió herida, pero no se dio por vencida. Mientras Don negaba con la cabeza, incrédulo, ella rodeó la mesa y se le acercó.

—Pareces muy estresado… —Sus manos inseguras se aproximaron al pecho del guardia y se posaron tímidamente sobre los músculos que se

marcaban bajo la tela blanca de la camisa—. Podría hacerte sentir realmente bien.

—¿Ah, sí? —preguntó Don, disfrutando del torpe intento de seducción de la joven, una clara muestra de su inexperiencia.

Seguro que le basta fruncir el ceño y todos los chicos del club de campo caen desmayados a sus pies, pensó. Seducir a un hombre era otra cosa, y era evidente que ella no estaba acostumbrada a intentarlo.

Le cogió las muñecas y las apartó firmemente de su torso.

—No estamos en el instituto, Cherry —insistió en usar su nombre completo —. Y desde entonces no me hago una paja con una desconocida.

Le soltó los brazos en un gesto inequívoco de rechazo.

—Entonces, ¿qué quieres? —Cher tenía el rostro a pocos centímetros de la corbata negra del guardia—. ¿Significa que quieres…? —Acercó el pulgar a la boca y lo abrió con torpeza, recibiendo como respuesta una carcajada sonora de Don.

—¿Quieres chuparte el pulgar? Si de verdad tienes dieciocho años, deberías haber dejado eso atrás hace mucho tiempo.

—No, quería decir… Ya sabes, tu… cosa… —La rubia entrecerró los ojos y adoptó una expresión sensual—. Si me dejas ir, lo haré: te la chupo —apoyó la mano en el brazo del hombre, apreciando el bíceps marcado bajo la tela.

—Vamos, ¿en serio? Aunque no me pareces precisamente entusiasmada por hacerlo —Don frunció el ceño—. ¿De qué tienes miedo? ¿Crees que mi polla negra manchará tu inmaculada piel blanca?

—¡No, claro que no! —respondió tras un instante de vacilación—. Tengo muchos amigos negros.

—Ah, claro, ya me lo imagino. Apuesto a que la mansión de los Walton está llena de gente de color… —La miraba con sus ojos negros como el carbón—. Todos los hermanos y hermanas sentados alrededor de la piscina, cantando juntos y bebiendo margaritas, mientras hablan de sus opciones de acciones con el fiscal del distrito y su familia.

—¡Pero bueno! ¿Por qué me odias tanto? ¿Porque soy blanca? ¿O porque odias a todos los ricos? ¿Estás celoso? —Irritada, recuperó parte de su arrogancia y un ligero rubor le subió a las mejillas mientras apretaba los dedos sobre la manga de su camisa.

—Puede —Don, imperturbable, le agarró la muñeca con fuerza y le quitó la mano del brazo—. ¿Sabes qué es lo que no soporto de verdad? A gente como tú, que cree que puede salirse con la suya en cualquier situación gracias a papi, y piensa que basta con parpadear ante alguien para librarse del embrollo y

quedar impune. Mientras que la gente pobre acaba en la cárcel por mucho menos de lo que tú habrás robado solo esta última semana.

—Lo siento… Por favor, no te enfades —en sus ojos asomó un auténtico sentimiento de culpa—. ¿Cómo te llamas? —Acercó el índice derecho a la placa dorada sobre el pecho del guardia—. D. Johnson. ¿Qué significa la D.?

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Ahora también quieres ser mi amiga?

—Bueno, me parece justo saber tu nombre, ya que tú conoces el mío.

—… Significa Don. Don Johnson —rodó los ojos—. Mis padres eran fans de *Miami Vice*, ¿vale?

Cher, conteniendo apenas una risita, volvió a la carga.

—Hablaba en serio, Don. Haría realmente lo que te dije.

—¿Chuparme la polla? Ah, no. En cualquier caso, no basta.

—Entonces… ¿qué quieres? —sus enormes ojos azules se llenaron de lágrimas; ya no tenía ni idea de cómo salir del apuro.

Don se llevó el pulgar y el índice al mentón, pensativo.

—Ya veremos. Mientras tanto, sería un bonito gesto que pagaras lo que has robado, así que vacía el bolso sobre la mesa. Vamos a ver qué más querías llevarte.

Ella obedeció, volcando todo el contenido de la bolsa y dejando que Don rebuscara entre sus pertenencias esparcidas sobre la madera.

—Ah, mira, mira qué tenemos aquí —el hombre recogió dos cuadraditos de papel de aluminio cuidadosamente doblados—. Parece que Cherry "vanidosa" Walton no solo tiene el vicio del robo.

—No es mío. Lo cogí para dos amigas que quieren colocarse este fin de semana.

—Claro, gran idea. ¿Y si luego se mueren con esta mierda? —Agarró los sobres y los aplastó con sus enormes manos enfundadas en guantes negros, clavándole los ojos antes de arrojarlos a la papelera—. ¿Sabes los problemas que podrías tener por esta porquería?

—Lo sé, pero yo… —Bajó la mirada al suelo; los mechones rubios del casquete le cubrieron el rostro—. Ellas son mayores. Solo quería que fueran mis amigas.

—Ah, sí, unas amigas estupendas, si tienes que comprártelas.

Un silencio denso llenó la habitación. Parecía que esa última frase había acallado por fin la desfachatez de Cher, pero al cabo de unos segundos ella alzó los ojos hacia Don y tomó del escritorio la cartera que había caído sobre la mesa.

—Entonces… —La abrió e introdujo los dedos entre los numerosos billetes —. ¿Cuánto te debo por todo?

Había algo en ella que Don no lograba entender. Tal vez esa actitud tan desenfadada incluso en una situación tan comprometida lo atraía de algún modo, picando su orgullo masculino, que ansiaba imponerse a toda costa.

—¿Sabes qué te digo? Quédate con tu dinero. Ven aquí —la tomó del brazo y la condujo hasta una marca en el suelo, luego se colocó detrás de la cámara —. Cuando te lo diga, sonríe. Y que sea la mejor sonrisa que hayas hecho en tu vida.

Pulsó el temporizador y se apresuró a situarse junto a Cher, pasándole un brazo por los hombros.

—Sonríe —le ordenó, abriendo la boca y mostrando sus dientes perlados justo antes del disparo.

En dos zancadas llegó al ordenador y observó el resultado en la pantalla.

—Cristo, ¡mírate! —Se volvió hacia Cher para enseñarle la foto—. ¿Siempre sonríes con los dientes apretados o solo me estabas tomando el pelo?

Cher contuvo una risita.

—Pensaba que así estaba bien…

—Escucha, Cherry, o como demonios te llames: tenemos toda la noche, a menos que quieras que la policía se ocupe de esto —regresó tras la cámara y reinició el temporizador—. Ahora sonríe, y que sea lo más natural posible.

La segunda foto salió mucho mejor. Cualquiera habría jurado, al ver sus rostros radiantes, que el treintañero negro de uniforme y la rubia de dieciocho años estaban locamente enamorados.

—Bien, creo que ya está —Don observó satisfecho la imagen en la pantalla y le tendió a Cher un bloc de notas y un bolígrafo—. Ahora, la nota.

Cher lo miraba incrédula, intrigada por sus intenciones. Se apoyó en la mesa y escribió las pocas líneas que él le dictó:

"Querido Don,

ya no puedo pasar una noche sin pensar en ti, y después de lo de hoy, mi amor no tiene límites.

Gracias por estar tan cerca de mí.

Te amo,

tu Cherry."

Al terminar, la releía y añadió un pequeño corazón junto a la firma antes de entregársela.

—Perfecto. Muy buena idea —la espontánea adición de Cher lo sorprendió gratamente.

Él no tenía estudios universitarios, pero en astucia y experiencia vital le sobraba. La foto y la nota de amor, escrita de su puño y letra, harían las cosas mucho más fáciles si ella intentaba acusarlo falsamente en el futuro.

Dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo; luego le hizo un gesto con el dedo.

—Ahora, desnúdate, Cherry.

Ella se quitó el gorro de lana de la cabeza, despeinando su impecable casquete rubio, lo arrojó sobre la mesa y empezó a desabrocharse la blusa, dejando entrever un top blanco de algodón debajo.

—Vas vestida a capas, ¿eh? —la reprendió él—. ¿Pagaste toda esa ropa o haces la compra en Free People igual que aquí?

La rubia ignoró la provocación, se quitó la blusa y lo miró señalando la camiseta blanca.

—¿Esto también?

Él se limitó a asentir con la cabeza y siguió observándola mientras se la quitaba, quedando en un sujetador rosa de encaje, nada discreto; no que hubiera mucho que esconder, dada su delgadez extrema.

El hombre negó con la cabeza.

—Pequeña, creo que deberías comerte un par de hamburguesas más.

—Soy vegetariana. No como cadáveres de animales.

—Bueno, pues entonces unas cuantas pizzas no te harían mal.

Cher no respondió. Se sentía abrumada. Su insolencia iba cediendo paso a una resignación inédita en ella, acostumbrada a salirse siempre con la suya. Sentirse obligada a desnudarse bajo esa mirada escrutadora la estaba desnudando también por dentro, y eso empezaba a provocarle extraños escalofríos por la espalda.

Quedó en sujetador y vaqueros, alzó la vista y cruzó los ojos con los del hombre, que la observaba con los brazos cruzados sobre el pecho, apoyado en el escritorio a un paso de ella.

—¿Ya está bien así? ¿Satisfecho?

—Quizá no me expliqué, pequeña. Cuando digo «desnúdate», significa que te desnudes del todo. Vamos.

Cher empezó a forcejear con los botones de los vaqueros, los abrió y se los bajó con dificultad por las caderas y las piernas. Se desató las All Star violeta y, tras quedarse en calcetines, se quitó los pantalones y los arrojó sobre la silla, quedando en tanga y sujetador rosa pastel.

Se cruzó los brazos sobre el pecho, intentando protegerse de la mirada indiscreta de Don, antes de romper el silencio que se había instalado entre ellos.

—¿Entonces? ¿Soy tan flaca? ¿Crees que no valgo nada?

Una nota de inseguridad matizaba su mirada, casi suplicante.

El guardia intuyó cuánto necesitaba ser valorada; quizá aquella actitud altiva no era más que una coraza, consecuencia lógica de un mundo tan pretencioso como el suyo.

Don la recorrió con la mirada de arriba abajo, deteniéndose en sus caderas bien formadas, en sus muslos torneados, admirando su piel blanca, lisa como la seda y tensa sobre unas formas proporcionadas. No pudo evitar corregir su juicio anterior.

—No, pequeña, no vales nada. Vales mucho más de lo que tú crees —le tomó con suavidad las muñecas y le apartó los brazos del pecho, dejando que fuera ella quien cediera, sin forzarla. Al ver su pecho, pequeño pero perfecto, por fin libre de aquella prenda ajustada y apenas velado por el encaje rosa, su instinto masculino reaccionó dentro del pantalón gris del uniforme—. Y eres mucho más mujer de lo que imaginas.

No era su tipo; a él le gustaban las mujeres con más curvas. Sin embargo, aquel cuerpo casi adolescente, menudo pero con todas las líneas en su lugar, había despertado en él sensaciones que creía olvidadas.

Cuatro años atrás, su esposa lo había abandonado sin previo aviso para irse a vivir en una autocaravana con un antiguo compañero de instituto, dejándole solo una nota de disculpas sobre la cama:

"Lo siento, Don. Mark y yo ya no podemos vernos a escondidas.
Necesito una vida que me dé más, una vida que tú no puedes darme.
Con cariño,
Dora."

Desde entonces, ya no veía a las mujeres del mismo modo. En su interior se había alzado un muro, una fortaleza para proteger su corazón herido. Pero ahora, frente a Cher semidesnuda, vulnerable, pendiente de cada una de sus palabras, sentía que esa barrera se agrietaba.

Esos ojos azules, vivaces, cargados de expectación casi palpable; ese rostro delicado, enmarcado por el cabello rubio que resaltaba sobre su piel impecable… Todo contradecía la imagen que había tenido de ella hasta hacía un instante: la rubia arrogante y altiva se había despojado de sus disfraces y aparecía ante él como una joven tierna e indefensa.

—Vale, vale, pequeña —le hizo un gesto con la mano, desviando la mirada hacia la pared para no seguir contemplando su cuerpo semidesnudo—. Vístete. Puedes irte.

Una sombra de decepción cruzó el rostro de Cher.

—No te gusto, ¿verdad?

Claro que me gustas, pequeña.

—No se trata de eso —buscó una salida a ese momento incómodo—. Yo no hago este tipo de cosas. Además, se está haciendo tarde. Vuelve con tus amiguitos ricos; será mejor.

Cher era joven, pero no tonta. Detrás de esas palabras de rechazo percibió fuerza, dignidad, respeto… Frente a ella había un hombre de verdad, no uno de esos críos imbéciles del club de campo.

Sintió que ya no necesitaba fingir. Podía ser ella misma y seguir el impulso que la empujaba hacia él. Con la mano izquierda alcanzó lentamente la de Don; con la otra le quitó el guante de cuero negro y lo arrojó al suelo.

—Ya no necesitamos esto, Don —hizo lo mismo con el guante izquierdo.

Sin apartar los ojos de los suyos, se llevó sus gruesos dedos a la boca, rozándose los labios con las yemas antes de deslizarlos despacio por el pecho hasta acariciar, a través del fino encaje rosa, el pezón endurecido.

Le dejó la mano libre para que jugara con su seno izquierdo mientras sus propios dedos, delicados y finos, se dirigían a la boca del guardia. Rozó sus labios bien definidos, comprobó su plenitud y su calor, luego bajó deslizando los dedos por la piel lisa de su mentón hasta el cuello fornido. Metió la mano entre los dos botones superiores de la camisa y los desabrochó de un tirón.

La voz grave de Don vibró bajo su palma.

—Estás jugando con fuego, pequeña.

—No importa. Ya estoy ardiendo…

Las distancias entre ellos se habían disuelto: la edad, la raza, la clase social, el carácter… Nada era más fuerte que aquella atracción arrolladora que los dominaba.

Él le agarró los brazos por los bíceps y la levantó como si fuera una pluma, elevando el rostro de Cher hasta la altura del suyo. Se miraron durante una eternidad de segundos, y luego sus bocas se fundieron en un beso voraz.

La chica sintió sus labios cubiertos por la calidez húmeda de la boca del hombre, la lengua que se introducía para encontrar la suya y comenzar una danza resbaladiza al ritmo de sus suspiros entrecortados.

El corazón de Cher parecía querer escapársele del pecho. Era la primera vez que experimentaba una emoción tan intensa: sentirse semidesnuda, a merced de un hombre adulto, tan poderoso y decidido, levantada del suelo y besada de ese modo, la hacía derretirse como un helado al sol del mediodía.

Sus bocas se separaron y los brazos poderosos de Don la depositaron de nuevo en el suelo.

Las manos de ella volaron a librarse de aquel ya inútil trozo de encaje que cubría su pecho. Lo desabrochó y lo lanzó sobre la mesa, luego bajó las manos al cordón de seda rosa que le ceñía las caderas. Lo empujó hacia abajo,

contoneándose ostensiblemente, hasta quitárselo por los pies, quedando completamente desnuda ante la mirada atenta del hombre.

Él se acercó, le acarició la mejilla con los nudillos y le tomó el mentón entre los dedos.

—¿Estás segura? Tengo el doble de tu edad, pequeña.

—Exagerado. Dentro de un mes cumplo diecinueve —lo miraba desde abajo, con los ojos brillantes—. Y, de todas formas, no deseo otra cosa.

Cher le quitó la corbata, desabrochó lentamente la camisa blanca y se la abrió, descubriendo ante su vista el torso musculoso y el abdomen marcado por el entrenamiento riguroso. Apoyó en él la mejilla para absorber mejor su calor, mientras sus manos se deslizaban tras sus riñones para sacarle la camisa de los pantalones.

—Apretó los dedos en las firmes caderas, giró la cabeza para posar sus labios en el ancho pecho y trazó un recorrido con la lengua hasta detenerse en los músculos abdominales. Podía percibir el ritmo del aliento de Don, su corazón acelerándose, mientras se arrodillaba en el suelo y alcanzaba con la boca la parte baja del abdomen tenso.

Llevó una mano al frente y la posó sobre la gran protuberancia que marcaba los pantalones a lo largo de unos veinte centímetros. Separó los labios de la piel cálida del hombre y alzó la vista buscando sus ojos.

—Entonces es verdad que vosotros tenéis…

—¿Vosotros quiénes?

—Bueno, ya sabes a qué me refiero… —Cher palpó por encima de la tela la prominente erección a lo largo de toda su extensión, disfrutando del cálido latido que respondía a su tacto—. Vosotros, los hombres negros. Se supone que todos deberíais tener penes gigantescos.

Él le puso las manos sobre los hombros desnudos y clavó la mirada en sus grandes ojos azules.

—No te sientas obligada a hacer nada, pequeña. Puedes irte si quieres.

—¿Por qué? ¿Crees que es la primera vez que veo una cosa así? —Apretó la mano lo mejor que pudo alrededor del palpitante miembro de Don—. Mi ex lo tenía muy grande.

—Bueno, entonces no deberías tener problemas. ¿A qué esperas?

La indecisión de la chica era palpable para los ojos experimentados del guarda: años de entrenamiento militar en las fuerzas especiales le habían forjado el cuerpo y afinado el instinto.

Le tomó la mano que seguía acariciándole el pene por encima de los pantalones y se la desplazó hacia la hebilla del cinturón.

Ella bajó la vista hacia la bragueta abultada y desabrochó el cinturón sin protestar: ahora solo podía actuar. Desabotonó los pantalones y los bajó de un tirón, junto con los calzoncillos. El grueso miembro oscuro y tenso saltó hacia adelante, golpeando contra su mejilla derecha.

—¡Oh, joder!

Don sonrió con sorna.

—Exacto, pequeña. Esto es una polla. —Tras apartarle de las orejas los mechones rubios del flequillo, le agarró la cabeza, se aferró el miembro y se lo restregó contra las mejillas, abofeteándola—. Y esto es el castigo que mereces por lo que has hecho.

—¡Para…! —Reaccionó intentando agarrarle el grueso pene mientras le recogía las pesadas bolas entre las piernas—. ¡Te las aplasto, eh!

—¡Oh, oh! ¡No bromees con eso! —Don se detuvo al instante—. Digamos que ya basta; has recibido lo que merecías.

Le soltó la nuca de su manaza y dejó que su polla quedara libre, oscilando en el aire frente al rostro de Cher.

Ella se apartó para contemplarla entera: era tan gruesa como su muñeca y casi tan larga como su antebrazo. Desde el glande rosado oscuro, hinchado y tenso, venas marcadas guiaban la vista hasta la espesa mata de vello púbico, tan rizada y áspera que parecía compacta.

Su boca se entreabrió, dividida entre la sorpresa y la admiración, creando un hueco para el dedo del hombre, que se deslizó entre sus labios a jugar con su lengua.

—¿Piensas guardártela ahí dentro mucho más tiempo, pequeña?

Cher no necesitaba invitación; solo debía recuperarse del asombro inicial, pero la sangre que ya le corría por las venas empezaba a nublarle la razón.

Agarró con ambas manos la férrea verga, aunque sin lograr cerrar los dedos del todo, y abrió la boca para envolver con los labios la carne hinchada y brillante del glande. Chupó con fuerza, arrancando un gemido de placer al hombre.

Tras jugar con la lengua en la punta, comenzó a mover ambas manos, deslizando la gruesa piel negra sobre el miembro en plena erección mientras acogía por completo el glande en su boca abierta.

Con un gruñido de aprobación, Don le sujetó la cabeza entre las manos y avanzó con las caderas hasta penetrarle la garganta. Empezó a moverse de adelante hacia atrás, follando su boca con fuerza, mientras Cher jadeaba por la nariz en busca de aire, llena de tanta carne invasora. Al verla en dificultades, retrocedió, permitiéndole respirar.

—¿Todo bien, pequeña?

Con el corazón en la garganta, Cher asintió, sacó la lengua y empezó a lamerlo desde abajo hacia arriba, recorriendo toda la robusta vara y deteniéndose en la punta del glande húmedo para chupar de nuevo.

Nunca había sentido un arrebato semejante en sus experiencias anteriores; era como si estuviera embriagada por el olor del sexo de Don, y poder jugar con una polla de esas dimensiones, que se contraía con cada pasada de su lengua, la impulsaba a ir más lejos. Se sentía hipnotizada, movida a actuar sin pensar, dejándose guiar únicamente por sus sentidos.

La voz de Don interrumpió sus movimientos cada vez más apremiantes.

—Oye, pequeña, si sigues así me harás correrme.

Ella separó los labios del glande empapado y alzó los ojos hacia él.

—¿Y eso es un problema?

—No, pero ahora quiero divertirme un poco yo también. ¿Qué te parece?

Le puso las manos bajo las axilas y la levantó en pie. Se deshizo de los pantalones que aún le colgaban de los pies y de la camisa que tenía sobre los hombros, quedando frente a ella completamente desnudo.

Cher quedó hechizada ante la visión de su cuerpo al descubierto, recorriendo con la mirada cada centímetro de aquella piel oscura y tensa. Desde los anchos hombros bajó la vista por los pectorales marcados, luego por las hendiduras del abdomen, deteniéndose en la parte baja de las caderas.

—¿Puedo preguntarte algo?

Don dejó la ropa sobre una silla.

—Claro, dime, pequeña.

—Es que yo… —Las mejillas de la chica se tornaron púrpura.

—¿Pasa algo? —Se acercó a ella; su polla dura le rozó el vientre—. Dímelo.

—No, es solo que… —Bajó avergonzada la cabeza—. Me gustaría tocarte el culo.

—¿Y para eso hay que pedir permiso? —Don alzó los brazos a los costados y se dio la vuelta, mostrando su espalda poderosa que culminaba en unas nalgas firmes, redondas y prominentes—. Soy todo tuyo, pequeña.

Ella lo rodeó, recorrió con las uñas los surcos de sus hombros musculosos y bajó rápidamente, arañando la piel tensa mientras marcaba su deseo con la punta traviesa de su lengua.

Al llegar abajo, le agarró las nalgas con ambas manos y las apretó.

—Oh, Don, eres… perfecto. —Clavó en ellas sus uñas cuidadas para apreciar su solidez, mientras con la boca exploraba cada centímetro. Su corazón latía a mil por hora, agitando su aliento entrecortado; deslizó la mano derecha por el costado de Don con la intención de empuñar de nuevo su gran polla, pero él le agarró la muñeca y la detuvo.

—No, pequeña, ahora me toca a mí.

Se giró, barrió con un brazo todo lo que había sobre la mesa y luego la levantó en vilo, depositándola con suavidad sobre la superficie de madera.

—Espera —lo detuvo ella, señalando el paquete de condones caído al suelo.

—Adelante, pero no creo que tengas mucha suerte con esos.

Cher bajó de la mesa, se inclinó mostrando su tentador trasero. Sacó uno del paquete y, tras abrir la envoltura con los dientes, se volvió hacia Don, arrodillándose frente a su grueso miembro, aún húmedo de su saliva.

Colocó el anillo de látex en la punta, tiró de él y forcejeó por desenrollarlo.

—¿Es la primera vez que le pones un condón a un hombre? —Él apoyó las manos en las caderas, divertido, mientras la observaba intentar deslizar el preservativo sobre su gran glande.

—No, ya lo he hecho antes. —Cher resopló, y luego dio un respingo al ver cómo el látex se rasgaba en el primer intento.

—Tengo otro. —Se puso en pie y volvió a arrodillarse, observando la dura polla que le oscilaba frente a los ojos. Tras un momento de duda, lo intentó de nuevo, pero fue en vano—. ¡Maldición!

Una sonrisa torcida se dibujó en el rostro del hombre.

—¿Cómo es que no llevas condones Magnum en el bolso, si tu último novio también estaba tan bien dotado?

Ella señaló la puerta que daba al local.

—¿Puedo…?

—¿Tú crees? ¿Piensas que voy a dejarte robar condones?

—¡Oh, no! Los compro. —La chica se llevó los dedos cruzados a la boca—. Lo juro.

—De todas formas, esa puerta está cerrada con llave. —Don se apoyó en la mesa, mirándola con una ceja alzada—. Y permanece cerrada; nadie puede entrar ni salir, o se activarían los detectores de movimiento. Saldré por la parte de atrás. —Dio un paso hacia su ropa, sobre la silla—. O bien confías en mí y te olvidas de tus preciados condones, o dejamos esto y buenas noches. Decide. —Extendió un brazo hacia la camisa colgada del respaldo, pero ella lo detuvo.

—Ya he decidido. —Se sentó en el borde de la mesa, apoyándose con los brazos extendidos tras de sí—. Me quedo. Al diablo con los condones.

Don se volvió para contemplar el cuerpo desnudo de la chica, tan expuesto y dispuesto a ser poseído.

—Entonces date la vuelta.

Se acercó a ella y la empujó para que se girara sobre la mesa. Cher quedó tendida boca abajo sobre la superficie de madera, con las piernas abiertas y el trasero al aire.

—Así está bien. —El hombre le agarró ambas muñecas con la mano izquierda, se las retorció hacia la espalda, inmovilizándola en aquella postura, desnuda y a su merced.

Ella se retorció intentando darse la vuelta.

—¡Suéltame! ¿Qué vas a hacer?

—Lo que debí haber hecho desde el principio.

La primera bofetada resonó con fuerza en la nalga derecha de Cher, haciéndola vibrar.

—Esa es por el lápiz labial que robaste antes. —Inmediatamente vino un segundo golpe, más fuerte, que enrojeció al instante la piel blanca y tensa de su trasero perfecto—. Y esa, por todas las mentiras que cuentas.

—¡Ay! —Cher apretó las nalgas y extendió las piernas a los lados de las de Don, que permanecía en pie tras ella—. ¡Para! ¡Me haces daño!

El hombre se detuvo un instante a admirar su obra y, indiferente a sus quejas, le propinó otra bofetada en la zona ya enrojecida.

—Esa es para que aprendas a respetar a los demás.

—¡Basta! ¡No eres mi padre!

—Puedes decirlo bien alto. —Le apretó las muñecas, empujándoselas aún más arriba por la espalda desnuda—. Apuesto a que tu padre nunca te castigó. ¿Verdad, mocosa? Pero yo no soy él. Ahora pídemelo perdón.

Esas palabras fueron directas a la herida interior de Cher, a esa carencia de atención por parte de sus padres que la había llevado a ser tan arrogante e indisciplinada.

Dos gruesas lágrimas se formaron en sus párpados y rodaron por sus mejillas enrojecidas, en conflicto con su orgullo, aún demasiado fuerte.

—… ¡No! ¡Nunca!

Con un movimiento brusco, Don cambió la forma en que sostenía las muñecas de la chica, liberando así su mano izquierda para actuar.

—Mira qué bonitas marcas en relieve se han formado en tu culito, mocosa. —Le pasó un dedo con suavidad, provocándole un estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo—. ¿Quieres pedirme perdón o prefieres que te las haga también en el otro lado?

Cher jadeaba, tensa como la cuerda de un violín, abrumada por un torbellino de emociones jamás sentidas que le estaban borrando cualquier atisbo de razón.

—¡Gilipollas!

La bofetada en la nalga izquierda resonó como un trueno en la habitación.

—No he oído bien. ¿Qué has dicho?

—¡Ay! —Con un gemido apagado, Cher bajó la guardia—. Pe… perdón, he dicho perdón.

—Quiero oírlo bien. Dilo más fuerte.

—Perdón… perdón por todo.

—Un sollozo acompañó otras dos lágrimas por el rostro de Cher. Las gotas saladas llegaron lentamente a su boca, en la que empezaba a dibujarse una sonrisa inesperada. El dolor físico había dado paso a una especie de satisfacción, una sensación extraña que la hacía sentir bien, calentándola por dentro. Alguien, por fin, se había dado cuenta de ella y se estaba ocupando de cuidarla, derribando a golpes de nalgadas a la Cher desagradable, consentida y engreída, pero que en el fondo solo necesitaba atención.

Esas disculpas, inconscientemente, se las estaba haciendo a sí misma, por haberse convertido en pocos años en una persona así, por decirlo suavemente, despreciable.

Don lo sabía; lo había comprendido desde el primer instante, y ahora había alcanzado su objetivo: la había despojado de su ego tan tenaz, dejando emerger el lado más auténtico de ella.

Soltó sus muñecas, la tomó por un brazo para levantarla y girarla hacia sí. Al ver su rostro bañado en lágrimas, su corazón, endurecido por la vida, dio un vuelco.

Acercó su frente a la de Cher, sus ojos negros como la noche perdiéndose en el océano celeste de los de ella.

—Muy bien, pequeña. Así me gustas. —Le rodeó el cuello con la mano—. Y así es como te quiero.

Acercó su boca buscando su aliento, mientras ella llevaba las manos a su espalda poderosa y se unía a él, acogiendo su lengua impaciente. Sus labios se sellaron en un beso que les quitaba el aliento.

Así, desnuda tanto por fuera como por dentro, sintió su cuerpo tensarse en un arrebato incontenible. Arqueó la espalda buscando el contacto con el pecho desnudo del hombre, cuyo tórax se hinchaba como un fuelle siguiendo el ritmo de su corazón desbocado. El roce de la mano que bajaba desde su cuello hasta buscar su seno le provocó un escalofrío de piel de gallina que no pasó desapercibido.

—¿Tienes frío, pequeña?

—N… no, al contrario…

La palma generosa de Don recogió su seno derecho, lo masajeó con delicadeza mientras sus dedos apretaban el pezón, endurecido como una pequeña piedra.

Cher se abandonó entre sus brazos, libre ya de todo temor.

El tacto experto del hombre trazó un recorrido por su abdomen tenso y alcanzó su monte de Venus, completamente liso.

—¿Y aquí? —Deslizó las yemas de los dedos arriba y abajo por aquella suave colina—. ¿Por qué una chica de tu edad no tiene vello ahí abajo?

—… Cera —respondió ella en un susurro entrecortado.

—¿De verdad? ¿Y por qué lo hiciste?

—No lo sé —encogió los hombros mientras su cuerpo temblaba—. Todas mis amigas lo hacen.

—No es una buena razón —la reprendió Don antes de deslizar su dedo medio dentro de su estrecha abertura, cálida y húmeda—. Una mujer debe parecer una mujer, no una Barbie.

—¡Uh! —Cher soltó un grito al sentir el grueso dedo entrar en ella y deslizarse sin resistencia hasta el fondo. Don comenzó a moverlo, explorando el interior de su intimidad, haciéndola retorcerse de placer—. Mmm, Don…

—¿Te gusta, pequeña?

—Oh, sí… —Levantó las piernas y las enroscó firmemente tras las caderas de Don, empujando su pelvis hacia su dedo invasor—. Muévelo, así…

El tacto hábil del hombre encontró enseguida el punto G y empezó a acariciarlo y presionarlo con la yema del dedo, mientras con la otra mano le agarraba el cabello y le tiraba la cabeza hacia atrás. Le rozó los labios por la oreja, luego bajó por el cuello, por el pecho que subía y bajaba a un ritmo frenético, hasta chuparle los pezones.

—Tienes una piel deliciosa, pequeña.

Con la lengua trazó un sendero por su vientre, mientras con la mano la empujaba suavemente para que se tendiera del todo sobre la mesa, permitiéndole besar su coño completamente depilado. Se introdujo entre los labios externos, empapados de su placer, y halló el clítoris hinchado.

Al contacto de la punta de la lengua de Don con aquel botón hipersensible, Cher se estremeció con un respingo seguido de un gemido. El dedo continuaba trabajando con destreza dentro de ella, acompañado por la lengua del hombre, que giraba con insistencia sobre el clítoris, llevándola rápidamente al clímax.

—Dios mío… ¿Qué me haces…? —Su cuerpo se contrajo; estiró las piernas tensas en el aire mientras su corazón parecía querer salirse del pecho —. Sí, así…

Al advertir que la joven estaba a punto de llegar al orgasmo, Don se incorporó de entre sus piernas y retiró el dedo de su sexo.

Ella reaccionó a aquella súbita sensación de vacío con un gemido ahogado, pero enseguida sintió la punta hinchada del glande del hombre deslizarse entre

los labios de su coño.

—Sí, por favor, Don, lo quiero… ahora…

Él empuñó su miembro palpitante con la mano derecha y lo hundió sin contemplaciones en la carne cálida y mojada de Cher. Su grito resonó en la habitación, sellando el dolor que se fundía con la dulce sensación de una plenitud extrema.

Sintió cómo la vara de Don se abría paso en su interior hasta tocar el cuello uterino, abriéndola al límite, para luego retirarse unos centímetros y volver a hundirse en ella hasta el fondo.

—¡Dios, Don, me partes en dos…!

Ignorando los temores de la chica, él la levantó agarrándola por las nalgas, la tomó en brazos empalándola sobre su gruesa polla y empezó a follarla de pie como un loco.

Cher sentía los embates llegarle hasta el estómago, destrozada por aquella bestia negra y rígida que no le daba tregua. Bastaron unas pocas embestidas; echó la cabeza hacia atrás, le clavó las uñas en la espalda y se rindió a un orgasmo violento, gritando todo su placer a voz en cuello.

—¡Dios… Dios… Sí, sí, síii!

Él se detuvo, clavado en su interior, dejándole saborear aquella sensación de plenitud satisfactoria, apretándola contra sí con sus fuertes brazos para contener los espasmos incontrolables que sacudían el cuerpo de Cher, mientras gruesas lágrimas brotaban de sus grandes ojos azules, directamente del paraíso.

—Sí, pequeña, así. Déjate ir, suelta todo…

El calor con que la envolvía la hacía sentir protegida, mimada, en aquel momento de total abandono. Habría querido hundirse en él, fundirse en una sola cosa con el hombre que había logrado derribar barreras que ni siquiera sabía que tenía.

Le besó largo rato el cuello fornido, antes de susurrarle al oído, extasiada:

—Ha sido… Tú eres…

—¿Fantástico? Sí, es verdad, lo sé.

—Tonto, no estoy bromeando. —Todavía aferrada a sus caderas, le tomó el rostro entre las manos—. Gracias, de verdad. —Lo miró un instante a los ojos y lo besó con una pasión que nunca antes había sentido.

Don correspondió a su ímpetu, luego se separó de sus labios y le susurró rozándole apenas la boca:

—Quizá podrías agradecérmelo de otra manera, ¿qué te parece?

Por un instante, aquella chispa traviesa volvió a brillar en los ojos de Cher.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? —Le puso el dedo índice en la punta de la nariz—. ¿Y qué podría hacer para complacer a mi señor? —Soltó las piernas de las caderas del hombre y apoyó los pies en el suelo—. Veamos si adivino… —Deslizó sus labios entreabiertos por los pectorales marcados, por las caderas estrechas, y se arrodilló ante él. Su gruesa polla erguida parecía a punto de explotar en cualquier momento.

—¿Qué tenemos aquí? Me parece una emergencia, ¿no?

Tras haber aguantado hasta entonces, la necesidad de Don se mostraba en toda su urgencia.

—Vamos, pequeña, tómalo en la boca.

Ella lo envolvió con las manos, sintiéndolo palpitar entre sus palmas, caliente y duro como el mármol.

Apoyó los labios en el glande tembloroso, lo besó, y con las manos subió a agarrar las nalgas redondas y firmes de Don, como si quisiera exprimirle hasta la última gota.

Comenzó a chupar con fuerza, llevando al hombre al clímax en cuestión de segundos. Al sentir el pene contraerse, abrió la boca del todo, sacó la lengua y esperó, temblorosa, los chorros de placer.

Con un gruñido animal, él empujó las caderas hacia adelante, se alzó sobre las puntas de los pies, se agarró la polla con la mano y se vino.

—¡Joder, joder! Me corro… ¡Te echo la leche en la boca!

El primer chorro largo y caliente impactó directamente en la garganta de Cher; el segundo le cubrió la lengua, y los siguientes le llenaron la boca con aquel fluido denso y prohibido. Ella alzó los ojos buscando la mirada del hombre, cerró los labios y tragó todo, para luego pasarse el dorso de la mano por la boca para limpiarse.

—¿He sido buena?

Don le tomó el mentón entre los dedos, mientras su respiración empezaba a recuperar un ritmo normal.

—Has sido magnífica, pequeña.

Ella dejó un último beso en el grueso miembro que tanto placer le había dado, luego intentó levantarse, pero sus piernas cedieron, temblorosas.

Los fuertes brazos de Don la sostuvieron justo a tiempo para evitar que cayera.

—¿Todo bien, pequeña?

—Claro, es solo que la postura era un poco incómoda. —La sonrisa irónica de Don la obligó a admitir el resto—. Vale, está bien: ha sido… intenso. Muy intenso.

—Bien, pequeña. ¿Ves qué fácil es decir la verdad?

Cher le sacó la lengua, recogió su ropa y se la puso. Él la ayudó a recoger sus cosas y a meterlas de nuevo en el bolso, luego se detuvo un momento a observarla. Ya no veía a la adolescente cleptómana e insoportable de hacía una hora. Ahora, frente a él, había una mujer: el cabello despeinado, una expresión beatífica iluminándole el rostro. Se fijó en sus ojos celestes y en las mejillas sonrojadas que destacaban sobre su piel suave como la seda.

Se acercó y le acarició la mejilla.

—¿Me prometes que no lo harás más?

Ella lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Por qué? ¿O si no qué? ¿Me vas a dar unas nalgadas otra vez? —Se dirigió hacia la puerta de servicio y, antes de cerrarla tras de sí, alzó ambas manos al cielo—. ¡Menudo miedo me das!

Una sonrisa radiante se extendió por el rostro de Don: pese a que sus mundos estaban tan distantes, aquella pequeña diablilla había logrado rozarle el corazón.

***

La fila de personas apiñadas en las cajas tras el anuncio del inminente cierre del establecimiento representaba, como siempre, a ojos de Don, el momento más hermoso del día. Se ajustó el puño de la camisa para mirar la hora en el Speedmaster que le había dejado en herencia su padre: las nueve y cincuenta y ocho.

La semana había volado; en apenas unos minutos podría irse a casa y disfrutar del viernes por la noche como más le gustaba: pizza y cerveza en el sofá frente al televisor.

Dirigió la vista al monitor que vigilaba los pasillos; ya no quedaba ningún cliente… nadie, excepto un chico con la capucha de la sudadera bajada casi hasta los ojos.

Amplió la imagen con el zoom y lo vio hurtar algo del estante, forcejear con la etiqueta antirrobo y metérselo en el bolsillo.

—¡Pero qué…! —Golpeó el puño contra el escritorio—. ¡Pues díganlo ya de una vez que tienen algo contra mí, joder!

Enfurecido, salió de la oficina y se encaminó a zancadas hacia el pequeño ladrón, sorprendiéndolo por la espalda justo cuando se dirigía a la salida sin haber pasado por caja.

—Disculpe. —Su voz grave y firme clavó al sospechoso en el sitio—. Debo pedirle que me acompañe a la oficina.

El otro se giró, llevó las manos a la amplia capucha y la echó hacia atrás, revelando su rostro y la perfecta melena rubia corta al estilo casquete.

—Claro, claro, me rindo. —Cher alzó las manos en señal de rendición.

—¿¡Tú!? —Don la agarró por un brazo—. ¿Con qué cara vuelves a presentarte aquí y encima te atreves a robar bajo mi vigilancia?

—Pensaba que tenías ganas de verme… ¿No?

Don la condujo a su oficina y cerró la puerta.

—Me habías prometido que no lo harías más.

—¿Yo? Debe de habérseme escapado algo; no recuerdo habértelo dicho. —Se acercó a él, mirándolo desde abajo con picardía—. Y, de todas formas, ¿no estás contento de verme?

¿Cómo podía decir que no? Su corazón había dado un vuelco en cuanto reconoció quién era.

—Eso no justifica que hayas vuelto a robar.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—¿Cómo sé qué?

—Que no lo justifica.

—¡Oh, basta ya de estos jueguecitos estúpidos! —Se llevó las manos a las caderas, intentando mantener una actitud profesional—. ¿Qué has robado? Sácalo ahora mismo del bolsillo.

—Vaya, qué tenso estás… Necesitas desahogarte un poco de toda esa tensión… —Lo miró con aquella sonrisa traviesa que tanto excitaba la imaginación de Don—. Pues ahí lo tienes.

Metió la mano en el bolsillo y le depositó en la palma abierta un frasco de gel lubricante.

Don abrió los ojos como platos.

—¿Y qué se supone que vas a hacer con esto?

—Adivínalo, grandullón. —Le puso el índice sobre la corbata y lo deslizó lentamente hacia abajo.

—¿Qué tienes en esa cabecita tuya, Cherry?

—Madre mía, qué cara tan seria… Y yo que quería darte una sorpresa. —De un saltito se sentó sobre la mesa, aquella misma en la que la semana anterior habían hecho el amor.

—¿Y bien? ¿Qué tiene que ver esto? —Le mostró el frasco de gel.

—¿De verdad no lo pillas? —Cher empezó a balancear las piernas en el aire, suspendidas—. Vale, te lo digo. ¿Recuerdas lo que dijiste sobre tomar margaritas junto a la piscina en mi casa…? Pues si te apetece…

—¡Claro! Ya me imagino la cara de tus padres al verme llegar contigo.

—Resulta que este fin de semana están en Boston, en un congreso. —Le quitó el frasco de las manos—. Y tengo intención de probar a meter esa bestia tuya por otro sitio. —Le guiñó un ojo—. A menos que tengas otros planes, claro.

La expresión severa de Don se desmoronó como un castillo de naipes al viento. Apoyó las manos sobre la mesa, aprisionándola entre sus brazos, con el rostro a pocos centímetros de la nariz de Cher.

—Cristo, ¿qué voy a hacer contigo?

—Una sola cosa: date prisa en cerrar. —Saltó de la mesa y se dirigió contoneándose hacia la puerta de salida—. Te espero afuera. —Agitó el frasco sosteniéndolo entre dos dedos y desapareció tras la pesada puerta metálica que se cerró tras ella.

Una sonrisa espontánea iluminó el rostro de Don, arrastrada por el latido acelerado de su corazón.

Apagó las luces, se puso la chaqueta y echó una última mirada a los monitores, riendo para sí.

Tenía a una pequeña ladrona rubia a la que instruir… y le daría lo *mejor* de sí mismo.

Fin

Gracias por haber leído mi historia,
espero que la hayas disfrutado.

Si deseas dejarme una reseña,
estaré encantada de leerla!

En este enlace encontrarás todos mis escritos

Sígueme para no perderte mis últimas publicaciones en español.

Feliz lectura y... ¡diviértete!